

¿Por qué leer todavía en pleno inicio del segundo cuarto del primer siglo del tercer milenio de nuestra era?

Toño Malpica

No tiene mucho tiempo que mi hijo me preguntó cómo se hacía equis cosa. Y yo, como sé hacer pocas cosas en la vida y la mayoría de esas pocas con resultados cuestionables, preferí ser honesto y decirle que no sabía. Él, sin perderme el cariño ni el respeto, porque sabe el papá que le tocó, ipso facto fue a preguntarle a internet. Yo, por no dejar, me quedé a su lado y hasta le ayudé con la búsqueda. El asunto es que, una vez “gugleada” su duda, desdeñó las dos o tres sugerencias de páginas que le aparecieron hasta arriba, que yo le señalé como válidas y donde acaso le explicaban en tres o cuatro líneas lo que había que hacerse... y se fue directo a los videos sugeridos, donde hasta le indicaban en qué minuto y en qué segundo se encontraba su petición.

El caso es que al final resolvió su inquietud, pero... sin leer media palabra.

No sé cómo explicarlo, pero me sentí un poquito ofendido. A lo mejor igual que como me sentí ofendido una vez que me detuvieron en la calle y me preguntaron por una dirección y luego de deshacerme en indicaciones vi cómo el desorientado en turno caminaba media cuadra... y prefería parar un taxi.

Por supuesto que mi hijo resolvió su problema. Y ni por qué detenerse a darle más vueltas al asunto si además yo no pude ayudarlo con una explicación efectiva por mi cuenta. Pero insisto que se queda uno con un sinsabor únicamente por haberse visto involucrado.

Porque hay una suerte de afrenta implícita.

¿Por qué leer si tengo otras alternativas que me ofrecen lo mismo?

¿Por qué leer si puedo ahorrarme la monserga de la lectura?

¿Es una monserga la lectura?

El mundo, en estos momentos, parece estar diseñado en términos de evitar a la gente cualquier monserga.

O, dicho en términos más suaves... cualquier esfuerzo innecesario.

Aunque, ya que estamos platicando, es posible que eso impere en la historia de la humanidad desde siempre.

¿La invención de la agricultura? Seguro hubo un momento en el que la caza y la recolección se volvieron muy fatigosas y dejaron de dar buenos dividendos.

¿La invención de la rueda? Quiero ver al guapo que la cuestione. Sobre todo si tiene que cargar cuarenta costales de arroz del punto A al punto B.

¿La lavadora? ¿El refrigerador? ¿El ascensor? ¿La tarjeta de crédito?

Un montón de inventos pensados en función de nuestra propia comodidad.

La computadora. El celular. El internet.

La verdadera pregunta es la siguiente.

¿Leer causa incomodidad? ¿Es algo que hay que evitar si se puede hacerlo?

Suelo usar el metro al menos unas cuatro veces a la semana. En el horario en el que lo hago y, además, en la línea que utilizo, creo que es bastante posible recurrir a la lectura para no aburrirse en el trayecto. Me refiero a que, puesto que nunca me toca el vagón repleto, puedo perfectamente sentarme por diez estaciones a leer mi libro. El metro rara vez se jalonea y nunca da tumbos ni vueltas pronunciadas, por eso digo que es un ambiente casi ideal para leer. Pero... ¿quién más lo hace además de Toño Malpica?

Prácticamente nadie. En el cerrado y silencioso ambiente (casi de biblioteca) del vagón sólo se repiten dos patrones: el que va pegado al celular y el que va en brazos de Morfeo.

No digo que no me toquen, de repente, gloriosas excepciones. Y aunque aún estos lectores ocasionales no suelen ser de cinco estrellas (porque están leyendo el periódico o algún libro de superación personal o algún manual de reparación de licuadoras y casi nunca una novela) la verdad es que hallar gente leyendo en el metro es como encontrarse un billete de quinientos pesos en una chamarra que no te ponías desde hace meses.

Porque la única verdad es esta: considerando el número de usuarios que usan dicho transporte, prácticamente nadie lee en el metro. Y si nos damos el permiso de pensar que el metro de la Ciudad de México es una muy buena muestra de población mexicana, diría sin más que prácticamente nadie lee en México.

Okey. Sí se lee. Pero el ciudadano de a pie (o de transporte colectivo) casi no lo hace. Y ese es el habitante al que valdría la pena convencer en materia de promoción lectora. Porque ahí encuentra uno al obrero, a la empleada doméstica, al estudiante, al afilador. Al auxiliar contable. Al que le sufre para llegar a la quincena y al que le piensa para embarcarse en una tanda.

Pero no. Ninguno de ellos lee.

¿Por qué? Porque... para qué leer si puede uno evitarlo.

Para qué leer si tengo Tik Tok.

Para qué leer si puedo jugar Fortnite.

Para qué leer Cien años de soledad si ya la puedo ver en Netflix.

Para qué leer este pdf si ya me lo resume Chat GPT.

Para qué echarme este rollo de treinta páginas si hay un cuate en youtube que me lo explica en dos patadas.

Para qué leer.

Para qué.

Y aquí es donde se siente uno como el viejito que le grita a la nube. O el orate que arremete contra molinos de viento.

Porque cada vez pareciera más que la lectura es una actividad a la que sólo recurre si eres el raro del salón de clases, el raro de la oficina, el raro de tu casa. El raro.

El que en vez de estar chismeando en el Face del celular está leyendo un libro electrónico en el mismo dispositivo.

Leyendo.

¿Por qué? ¿Para qué?

¿Para qué si puedes evitarlo?

Claro, no faltará el esnob que diga que justo porque puedes evitarlo... es que no lo evitas, porque no quieres ser parte de esa grey de analfabetas conformistas. Pero esa es una respuesta petulante y chauvinista. Una respuesta apoyada en un posible segregacionismo intelectual, hecha con la misma justificación con la que algunos escuchan a Mahler o leen

a Nietzsche sin entender ni jota. Sólo por “no ser del montón”. Admitiendo para sus adentros que leer es horrible pero es preferible a formar parte de la chusma que no lee.

No. No va por ahí la cosa.

Pero lo cierto es que los nuevos tiempos nos han puesto a la lectura en el plano de las cosas que cuestan trabajo.

Porque todo lo demás no.

Y ahí es donde tal vez hay que poner el ojo.

En un mundo donde el menú está compuesto principalmente por chocolates y bombones, hay que ser el raro para extender la mano y tomar la manzana. Ya no digamos el brócoli.

Está en nuestra naturaleza.

Pero... ¿eso es en realidad tan malo?

¿Por qué llamar el ascensor si puedo subir treinta pisos por las escaleras?

¿Por qué lavar la ropa en la lavadora si puedo hacerlo a mano?

¿Por qué llevar los veinte costales de arroz del punto A al punto B en una carreta si puedo llevarlos sobre mi espalda?

Obviamente que el no aceptar ciertas comodidades de la vida moderna no nos hace raros, nos hace estar perfectamente mal de la cabezota. Locos redomados. Listos para la casa de la risa.

¿Así que prefieres caminar a Acapulco que tomar el autobús? Ah, pues que te vaya bien.

Allá nos vemos por ahí de octubre.

No. Ni hablar. Eso está fuera de la cuestión. Sí hay que entrarle a los beneficios del futuro.

En estos tiempos no tener celular ya no te hace raro, te saca por completo de la vida práctica. Y al que quiera ponerlo en duda lo reto a salir del aprieto el día que choque el auto.

Tener celular te hace normal. Como tener auto (si lo necesitas y puedes tenerlo). O un horno de microondas. O internet.

Si quieren otro día discutimos qué tan normal es ser normal en estos días. Pero ese no es el quid del asunto. La verdad es que sí hay que ahorrarse la monserga de llevar costales del punto A al punto B sobre nuestras espaldas si lo podemos evitar.

En realidad, el quid del asunto es...

¿Leer es una monserga que hay que evitar siempre que se pueda?

¿Hay que agradecerle a la modernidad que haya venido a rescatarnos de “la monserga” de leer todo Crimen y Castigo porque podemos tener un resumen instantáneo de la novela entera con sólo pedirlo en internet?

Acaso sea buen momento para decir que...

No. Leer no es una monserga. Aunque así les parezca a algunos.

Pero sí cuesta trabajo.

El problema es que hay demasiados bombones y chocolates en la vida diaria. Demasiados. Tantos, que estirar la mano para tomar la manzana se ha vuelto un acto de resistencia. Y, a los ojos de algunos, hasta de chifladura.

Porque leer, eso sí que es completamente cierto, requiere de hacer un esfuerzo. Uno que, además en estos tiempos, empieza a ser hasta controvertido y menospreciado.

Leer requiere que hagas, sí, un esfuerzo intelectual.

Si quieres leer tienes que ocupar ese órgano que, últimamente, preferimos utilizar lo menos posible. Tenerlo adormecido. Trabajarlo a medio gas.

¿Para qué pensar si la modernidad puede ahorrarnos también esa espantosa monserga?

Esa es la mala noticia. Leer sí requiere de hacer un esfuerzo mental.

Y si la lectura no parece ofrecer ninguna recompensa acorde a los tiempos que corren... entonces es verdad. ¿Para qué esforzarse?

Para entenderlo mejor, aquí va una muy válida analogía.

Les presento, damas y caballeros, a dos sujetos sudando la gota gorda, concretando un terrible e inhumano esfuerzo. El primero se llama Sísifo y podemos contemplarlo empujando esa enorme piedra cuesta arriba. Hay que compadecerlo en verdad por tan miserable y repetitiva labor. Ah. Pero el segundo, que se llama Juan, no se queda atrás.

Contémplo ahí, sentado en ese horriblemente confortable sillón, padeciendo la espantosamente suave luz de una lámpara sobre su cabeza, degustando esa pavorosamente rica bebida. Compadecemoslo porque... Juan está leyendo. Sí. También hay que tenerle lástima porque lleva media hora en esa agotadora actividad.

¿Les parece ridícula la comparación?

Pero siendo muy honestos, esa es la principal razón por la que no estamos leyendo en estos tiempos. Porque hay que esforzarse. Porque cuesta trabajo.

Y si insistimos en que el que Juan se encuentre en esa insufrible actividad, además no le reditúa nada que se pueda medir en likes o en dinero, pues ni para qué obligarlo. O ponerlo como ejemplo.

Que siga siendo el raro. Y nosotros sigamos viendo nuestra telenovela en el celular.

Así que tal vez la conclusión tenga que ser que, en estos tiempos que corren, donde la lectura, por ejemplo, de una obra de ficción de una señora europea (que además ya está muerta) no te hace ni más guapo ni más fornido ni te enseña nada práctico como cambiar una llanta, entonces tal vez sí sea lo mejor: dejar la lectura por la paz.

Y que tik tok nos salve de esas espantosas monsergas.

Pero es aquí en donde vale la pena llamar la atención sobre cierto punto que quizá nos devuelva la fe en la raza humana. Y parte, justamente, del por qué son comparables las imágenes de Sísifo empujando una piedrota y Juan leyendo una novela en la comodidad de su hogar.

¿Por qué? Bueno, pues porque, para fines prácticos, desplazar el globo ocular de un lado a otro también puede ser un trabajo titánico. De la índole de empujar una piedra. O una montaña.

Porque implica que entre en juego ese elemento que justamente hace la diferencia. Y sin el cual no ocurre absolutamente nada en nuestra vida.

La voluntad.

Si no se cuenta con la voluntad de una persona, es igualmente imposible que ésta empuje una piedra de cientos de kilos cuesta arriba. O que su vista se pasee a lo largo de una inefable línea de texto.

No hay modo de obligar a una persona a que mueva dos milímetros sus pupilas si antes no se le ha convencido de hacerlo. Por las buenas o por las malas, eso es cierto, pero jamás lo hará si no está convencida.

Y es en esa pizca de voluntad en donde está la clave de por qué creo, fervientemente, que vale la pena leer en pleno inicio del segundo cuarto del primer siglo del tercer milenio de nuestra historia.

Y por qué creo que es lo único que, en verdad, nos puede salvar de la barbarie de terminar postrados viendo el foco que cuelga del techo y dejándole todo lo demás a los robots. No, no como los inmortales del cuento de Borges, sino como los gorditos de la película Wall-E. Porque la literatura es la única de las artes que no ocurre si no cuenta con la total complicidad del beneficiario.

El cine te permite, muy amablemente, que tu mente se vaya de paseo mientras ocurre. El teatro, lo mismo. La danza. ¡La música! La más hermosa de las pinturas, también.

Todo eso acontece, estés ahí para ello o no.

La literatura, en cambio...

Déjenme parafrasear.

La lectura, en cambio...

Porque es verdad que la literatura igualmente tiene esa concesión, cuando es otro quien nos lee. Una de las actividades más hermosas del mundo, por cierto, un padre leyéndole a su hijo. Una maestra leyéndole al grupo. Pero también es verdad que en ese precioso acto en el que alguien nos lee, nosotros, groseramente, inconscientemente, bien podemos permitir a nuestra mente irse de vacaciones a Plutón.

El papá en lo más emocionante de El señor de los anillos... y el hijo pensando en el último video del Rubius.

Okey. Déjenme parafrasear de nueva cuenta.

La lectura individual, en cambio...

Ojo aquí.

Cuando desplazamos nuestras pupilas de palabra en palabra, de frase en frase, de párrafo en párrafo, tenemos por fuerza que involucrar a nuestra mente. Y cuando ésta deja de poner atención o los ojos dejan de posarse en la página... la historia se detiene.

En pocas palabras. Sin voluntad no hay lectura.

La música no nos pide permiso para ocurrir. Ahí está, sonando. En las bocinas o en las vibraciones del arco de violín de ese músico callejero. Estemos o no ahí para ella, la música suena.

Esa historia, en cambio, de ese libro que sostienes en tus manos... no existe, no cobra vida, no es... si no la haces tuya. Si no te comprometes. Si no involucras tu voluntad.

Pero... ¿por qué insisto en que es ahí, en dónde estriba la posible salvación del alma humana?

¿En esa sutil diferencia?

Por una simple razón.

Porque involucrarse es un muy sencillo paso para romper las cadenas de la conformidad... pero en estos tiempos equivale a mover una montaña.

Hoy en día, el exceso de estímulos en los aparatos digitales nos está robando muchas cosas pero, una de las principales, la capacidad de concentración. La capacidad de dedicarle todo nuestro pensamiento a un solo asunto durante un lapso significativo.

Un estudio hecho por Microsoft demostró que, en dispositivos digitales, nuestra atención no supera los ocho segundos. Eso significa que algo en internet tiene que ser demasiado bueno para durar más de ocho segundos y conseguir que nosotros no tomemos la decisión de descartarlo con un dedazo. La solución más fácil, claro, es crear contenido de menos de ocho segundos. Y por eso el mundo se presenta ante nuestros ojos con pequeñísimos pedazos de sí mismo. Tuits y Tik toks para el consumo breve e inmediato de noticias e imágenes que saturan nuestras pupilas y ofrecen chispazos constantes y continuos de endorfinas a nuestro cerebro.

Por eso leer es como empujar una piedra cuesta arriba.

Porque a las tres líneas de apretada prosa el cerebro, tan acostumbrado a la descarga de estímulos, ya extrañó el siguiente golpe de endorfinas. Y manda a la mente de paseo. O, aún peor, demanda la extracción del celular de su funda y su inmediata consulta de notificaciones.

Pero, para nuestra enorme fortuna... leer, en verdad, es como empujar una piedra... pero NO es empujar una piedra. Una persona puede mover sus globos oculares durante todo un

día (de hecho, lo hacemos) y nunca sentir fatiga por ello. Aunque sí requiere de la misma fuerza de voluntad que se necesita para quitarle la chamba a Sísifo, el hacerlo todo el día no nos causará nunca un infarto al miocardio o cosa similar.

Y por eso, justamente, es que hay que leer en el 2026.

Y por eso, justamente, es que se hace primordial leer en el 2026. Y el 2027. Y el 2030. Y el 2100.

Leer, sí. Cualquier cosa. De preferencia novelas gordas, claro, pero en realidad cualquier cosa que demande la entrega de nuestra total voluntad... de nuestra mente... a un solo asunto... por más de ocho segundos.

Más de ocho segundos, siquiera para empatar la capacidad de atención que tiene un pez dorado flotando en su pecera, que son, sí, 9 segundos.

Porque es ejercitando esa capacidad de entregar nuestra mente a un solo propósito durante, no digamos más de ocho segundos, propongamos más de diez minutos... es que podemos recuperar eso que al parecer nos quieren robar las inteligencias artificiales y los algoritmos enloquecidos por vender. Nuestro pensamiento.

No es ningún nuevo y sorprendente axioma afirmar que a cada individuo lo define la manera en que piensa. No cómo viste, no cuánto gasta, no cómo luce... sino cómo piensa.

Y cada vez que pensar nos parece una monserga, un esfuerzo inconcebible... es que estamos renunciando a aquello que define la existencia misma: nuestra propia identidad.

No es lo mismo pedirle a una calculadora que te haga una suma que pedirle al robot que te escriba un poema. No es lo mismo pedir una radiografía que interpretarla y emitir un diagnóstico. No es lo mismo usar el cincel que tallar un rostro en la madera.

La buena noticia, creo yo, es que volver a apreciar el trabajo mental no es tan difícil. Y ni siquiera hay que renunciar al celular o salirse de las redes sociales.

Basta con leer. Pero leer en serio. Y no necesariamente, tampoco, una hora. Pero sí, digamos, media. Treinta minutos de seguir una historia sin detenerse, empujando la piedra cuesta arriba pero a sabiendas de que el beneficio es colosal. Sin estar pensando cada diez segundos que hay que verificar el carro o que hay que pagar la tarjeta o que tenemos mil pendientes que atender. Sin hacer caso a las notificaciones del celular. Sin reparar en la

canción que suena en la radio. Leer. Una palabra tras otra. Una línea tras otra. Un párrafo tras otro. Una página tras otra, un capítulo tras otro, un libro entero tras otro. Demostrarle al universo que somos dueños de nuestro cerebro y que lo podemos poner al servicio de nuestra voluntad. Porque lo necesitamos. No sólo por periodos de ocho segundos sino durante todo nuestro día. Durante toda nuestra vida.

Porque es gracias a nuestra mente que podemos crear sinfonías. Pintar murales. Escribir libros. Delinear planos. Inventar sustancias. Descubrir mundos. Y hasta diseñar inteligencias que nos ayuden a ser mejores y no al contrario.

La otra buena noticia es que leer es un gusto adquirido.

Aunque cuesta trabajo al principio, después es sumamente deleitable.

Así como haya gente a la que le encanta el brócoli, también hay gente que ama leer.

Porque, aunque leer cualquier cosa por un tiempo indefinido es igualmente provechoso, leer una buena obra de ficción no demerita la lectura. Y la literatura, eso lo sabemos, está llena de obras plenamente disfrutables.

Nada hay de malo en leer a Stephen King o a J.K. Rowling si con ello se aplica la mente a esa sola actividad por media hora. Sospechamos que es mejor para el alma leer a García Márquez o a Alice Munro, pero la verdad es que, seguir una historia, sea Carrie o El coronel no tiene quién le escriba, dejando en “visto” a todo el mundo en el whatsapp y al facebook acumulando notificaciones durante un buen rato es toda una conquista del espíritu. Y es igualmente provechoso para el el espíritu que para la mente, digo yo.

Porque leer no es una monserga. Porque hubo un tiempo de nuestra infancia en el que tomar una manzana de un árbol era lo mejor que nos podía pasar en la vida.

Así que... ¿vale la pena leer hoy en día?

No sólo vale la pena sino que es muy probable que su ejercicio cotidiano sea lo único que pueda salvarnos de rendir nuestra propia identidad al maremágnum de las tecnologías.

¿Y vale la pena escribir en pleno 2026?

Más que nunca. Al igual que más que nunca hace falta que la gente componga canciones con guitarras a las que les falten cuerdas. Y se esmere por conseguir que sus versos rimen y se ajusten a métricas que parecen imposibles. Hace falta escribir tanto como hace falta

que un muchacho arrastre el lápiz sobre su cuaderno para pintar un atardecer, seguro imperfecto, pero maravillosamente humano.

Aunque es cierto que a veces hay videos en Youtube que te sacan más rápido del aprieto y sin mover tus ojos por palabra alguna...

Hace falta leer. Hace falta escribir. Y eso no va a cambiar en cien o mil años. De eso estoy plenamente convencido.